

*La dama
de
Riverton*

La dama de Riverton

Título original: *An Inconvenient Beauty*, libro 4 de la serie *Hawthorne House*

© 2017 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

An Inconvenient Beauty

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imagen de la cubierta: © Ildiko Neer/Arcangel Images

Primera edición: febrero de 2019

Depósito legal: M-38444-2018

ISBN: 978-84-16973-60-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kristi Ann Hunter

*La dama
de
Riverton*



Libros de
seda

*Para el Soberano de los soberanos,
que siempre tiene un mejor plan para nuestras vidas
de lo que jamás podríamos imaginar.*

PROVERBIOS 3:5-6

*Y para Jacob,
al que siempre amaré por su cabeza.
Y por la forma en que me hace reír.*

Prólogo



Colegio Eton, Berkshire, Inglaterra, 1797

La línea que separaba al niño del hombre nunca era tan endeble como cuando un padre moría demasiado pronto, dejando a su hijo solo para caminar a través de las flaquezas de la juventud, a la vez que llevaba sobre los hombros las responsabilidades de la edad adulta.

Aunque una parte de Griffith, duque de Riverton, sabía que tener que enseñar al superior de su residencia aquel papel roto no era lo peor que le podía pasar, el niño de once años que estaba furioso. Tocó con el dedo el rasgón de la parte superior del papel, clara señal de que el maestro consideraba que su trabajo no tenía el nivel adecuado. El profesor a cargo de su casa se iba a enfadar muchísimo.

Aunque no tanto como él mismo.

Todo sería más fácil si supiera dónde dirigir su ira. Aunque tenía claro que una porción estaba directamente enfocada al grupo de alumnos mayores que él y su amigo Ryland, duque de Marshington, que les habían atacado sin piedad, una buena parte iba dirigida contra sí mismo. Debido a las burlas incesantes y los murmullos sarcásticos de «como desee, excelencia» que resonaban constantemente en sus oídos, hasta el punto de oírlos mientras dormía, y el placer que

mostraban los docentes a la hora de disciplinar a muchachos con una posición social tan alta, Griffith estaba empezando a despreciar el título que siempre le habían enseñado a amar y a respetar. A diferencia de Ryland, que había estado encantado de obtener el ducado, pues su abuelo ya no podía torturarlo, Griffith había adorado a su padre y habría sido mucho más feliz si no hubiera heredado el título a tan corta edad.

Habría dado cualquier cosa por poder preguntarle a su progenitor qué debería hacer ahora, porque lo que de verdad deseaba era venganza. La furia hacia los alumnos mayores, los profesores y contra sí mismo lo atravesó por completo, apoderándose de su parte lógica, hasta que lo único que quiso fue demostrar que, a pesar de su corta edad, no era alguien con quien uno quisiera cruzarse; que no era un niño, sino un joven a tener muy en cuenta.

Cuando curvó los dedos y cerró el puño, el papel que llevaba en la mano se arrugó aún más. Esa semana había tenido muy poco tiempo para preparar el examen ya que había dedicado varias horas al día a ayudar al jardinero como castigo por una incursión en la oficina del director. Una incursión en la que él no había participado, pero de la que el director estaba convencido que tanto él como su amigo Ryland habían formado parte activa.

Cambiar los muebles de sitio era una travesura relativamente inofensiva, pero los estudiantes mayores se habían dedicado a revisar los archivos y habían cambiado las notas de Ryland y Griffith para hacer que parecieran culpables. Y al director Heath no le había hecho ninguna gracia. Griffith todavía tenía las manos en carne viva y le dolían los músculos por las horas que se había pasado echando guano de murciélago como fertilizante en los parterres, así como por las tareas domésticas adicionales que le habían encomendado.

Ryland estaba esperando fuera de la residencia, con los brazos cruzados. Griffith era más alto que él. Durante el último año había crecido

lo suficiente como para que tuvieran que adaptarle los pantalones dos veces y le pidieran nuevos abrigos y camisas hechos a medida. Un estudiante, también de segundo, pasó al lado de ellos y les saludó con un mero gesto de asentimiento antes de meterse corriendo en el edificio. Estaba claro que no quería que le vieran con ellos y convertirse en objetivo de los alumnos mayores.

—¿Has descubierto quién se coló en la oficina del director? —Griffith metió el papel arrugado en su cartera.

Ryland asintió con los labios apretados.

—Los de quinto.

Griffith hizo un gesto con la cabeza hacia la edificación que había detrás de Ryland.

—¿De nuestro edificio?

—No. Eran King's Scholars.

—Entonces supongo que esto pone fin a tu plan. —En su fuero interno, Griffith se sentía aliviado. Por mucho que su enfado le pidiera exigir venganza, el plan que Ryland había ideado el día anterior mientras cargaban estiércol le ponía un poco nervioso. Entrar a hurtadillas en las habitaciones de los alumnos mayores en una de las residencias de la localidad era una cosa, pero los dormitorios de los King's Scholars estaban dentro del recinto escolar.

—Pues yo digo que sigamos adelante. —A Ryland se le dibujaron en la frente unas profundas arrugas que hicieron que una sombra cayera sobre sus ojos grises—. Como vuelva a oír otro «como desee, excelencia» más, soy capaz de hacer algo por lo que me expulsarán de veras.

Griffith estuvo tentado de darle la razón. Incluso él tenía unas ganas enormes de golpear algo, y eso que la violencia nunca había formado parte de su vida. Aquel impulso le asustaba tanto como la idea de acceder furtivamente a la residencia de los King's Scholars por la noche.

—Voy a hacerlo. Esta noche. —Ryland enarcó una ceja—. ¿Estás conmigo?

¿Lo estaba? Tenía bastante claro que su padre no lo aprobaría. Pero su progenitor se había ido y ahora tenía que solucionar las cosas por sí mismo. Y si Ryland llevaba a cabo lo que había planeado, a Griffith le iban a echar la culpa estuviera involucrado o no. ¿Qué era mejor? ¿Ser culpable sin haber hecho nada o ser culpable de verdad? En ambos casos sufriría las consecuencias.

—Estoy contigo.

Por suerte, su voz no delató el temblor que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Metió la mano en la cartera y buscó a tientas el papel hasta que pudo sentir la lágrima en la parte superior. Era la tercera que derramaba en tres semanas. Había ido allí para aprender; lo que obviamente no estaba sucediendo. Daba igual lo que hiciera, su vida estaba a merced de los estudiantes mayores, decididos a cebarse con un par de jóvenes duques mientras pudieran. Una furia renovada lo atravesó por completo, disipando cualquier duda. Se quedaría con el papel hasta el día siguiente ya que, esa noche, podría necesitar un poco de motivación.



Atravesar a hurtadillas Eton a medianoche no estaba bien.

Aunque tampoco lo estaba hacer la vida imposible a alguien solo porque podías hacerlo. Si ponía todo su empeño, Griffith podía autoconvencerse de que dar una lección a los alumnos mayores en ese momento les convertiría en mejores personas en el futuro. ¿Y no era eso lo que se suponía que tenía que hacer un duque? ¿Guiar a la élite de Inglaterra por el buen camino?

La tensión se apoderó de sus hombros mientras se metía en el interior del edificio a oscuras detrás de Ryland. Le resultó extraño estar en

el recinto escolar sin luz y con todo en silencio. Hacía que todo aquello le pareciera irreal. ¿Iba por fin a hacer algo de verdad para solucionar sus problemas en aquel colegio? Ryland y él se habían conocido desde el principio y enseguida habían conectado por el mutuo desdén que sentían por su día a día en Eton. El primer año que habían pasado allí había sido horrible: uno había sufrido por haber perdido a su padre recientemente y el otro porque quería superar a toda costa la reputación de su abuelo. Griffith consiguió persuadir a su amigo y a sí mismo de que las cosas irían mejor cuando finalizara ese primer curso.

Pero no fue así.

Más bien al contrario. En cuanto los mayores se dieron cuenta de que no iban a recibir castigo alguno por presionar a los jóvenes duques para que hicieran lo que ellos quisieran, el acoso fue a más y empeoró.

Aunque después de esa noche, se lo pensarían dos veces. O al menos dejarían de repetir el constante «como desee».

—¿Tienes la pintura? —susurró Ryland.

Griffith levantó en silencio la lata de pintura roja que había comprado en el pueblo. Ryland asintió y se sacó dos pinceles del bolsillo. Con la otra mano, buscó el pestillo de la puerta del dormitorio de los estudiantes de quinto.

A Griffith empezaron a sudarle las palmas de las manos, por lo que sujetó la lata de pintura con más fuerza para que no se le cayera. Sentía una extraña agitación en el pecho, como las aguas del Támesis durante una tormenta. ¿De verdad iban a hacer aquello? De algún modo, no le parecía bien entrar a escondidas en el dormitorio de sus enemigos y enfrentarse a ellos mientras dormían. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Si el curso continuaba de la misma manera que había empezado no podría soportarlo. ¿Y qué pasaría al año siguiente?

—Directos al grano —dijo Ryland en un susurro apagado. Griffith ni siquiera estaba seguro de haberlo oído, sino más bien leído de los labios de su amigo.

—Al grano —replicó él, también en un susurro. Hizo una mueca al oír su voz y decidió limitarse a hacer un gesto de asentimiento a Ryland. Su amigo también asintió con la cabeza.

—Entramos, pintamos «como desee, excelencia» en la parte de atrás de sus camisas y nos marchamos.

Los labios de Griffith esbozaron una ligera sonrisa. No iban a poder dejar de pensar en los duques el resto del trimestre, salvo que quisieran explicar a sus padres por qué necesitaban camisas nuevas.

Sería un recordatorio de que Ryland y él se habían colado en su dormitorio en su presencia y podían haber hecho algo mucho peor.

La travesura tenía un cierto aire bíblico que le atraía sobremanera y que le hacía sentirse un poco como David enfrentándose a Saúl, aunque seguramente era más parecido a enfrentarse a Goliat.

—Recuerda, en la espalda de las camisas —murmuró Ryland—. No queremos que violen el código de vestimenta.

Cuando Griffith volvió a asentir, Ryland abrió la puerta, empujándola contra las bisagras para que no chirriara.

Después, entraron con cuidado en la habitación, procurando no hacer ningún ruido en la silenciosa estancia.

Griffith frunció el ceño. En realidad, había demasiado silencio. Ni siquiera se oía la respiración de los muchachos mientras dormían.

La habitación estaba vacía.

—¿Dónde están? —masculló Ryland.

Como si Griffith supiera la respuesta.

—¿Seguimos con el plan?

Ryland hizo un gesto de asentimiento y ambos se pusieron manos a la obra. Tardaron relativamente poco en marcar todas las camisas pues ahora solo tenían que ser lo suficientemente sigilosos como para no despertar a los estudiantes de las habitaciones contiguas.

Cuando abandonaron el dormitorio, la sonrisa de Ryland brillaba bajo la luz de la luna.



—Vamos a buscarlos.

—¿Por qué? —preguntó él con gesto confundido.

—Porque, sea lo que sea lo que estén haciendo, va en contra de las normas del colegio y podemos usarlo para convencerlos de que nos dejen en paz.

—Pero lo que estamos haciendo nosotros también va en contra de las normas del colegio. —Griffith miró a Ryland y puso los ojos en blanco, mientras se preguntaba, no por primera vez, si se habrían llevado bien si ambos no hubieran compartido el mismo título.

—Entonces, no dejemos que nos vean. —Ryland tiró de Griffith y lo puso detrás de él. Luego fueron corriendo de sombra en sombra en busca de los alumnos mayores.

No tardaron mucho en encontrarlos. Estaban en un grupo al otro lado de la capilla, lejos del dormitorio, y pasándose dos botellas de licor que debían de haber robado de algún lugar. Había otras dos botellas tiradas en el suelo, vacías. Dos de los muchachos intentaron ponerse de pie, pero se cayeron al instante el uno sobre el otro.

—¿Están borrachos? —susurró Griffith.

Ryland sonrió de oreja a oreja.

—Como una cuba, creo.

Los estudiantes estaban hablando entre ellos, olvidándose de vez en cuando de que deberían hacerlo en voz más baja.

—Vamos. —Ryland lo arrastró más cerca de ellos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque eres más grande. No tienes que decir nada. Me esconderé detrás de ti y hablaré yo.

Entonces lo empujó hacia el grupo. Teniendo mucho cuidado de que su rostro permaneciera oculto entre las sombras, Griffith se tambaleó hacia ellos mientras Ryland hablaba, arrastrando las palabras como si fuera uno más de los alumnos borrachos. El corazón empezó a irle a toda velocidad por el miedo que sentía, aunque también un poco

por la emoción del momento. A pesar de la diferencia de edad, tenía la misma altura que alguno de esos muchachos y le entusiasmaba poder caminar entre ellos sin que se dieran cuenta.

—¿Quieres un trago? —farfulló uno de ellos—. Estamos brindando por la caída de los duquecitos.

Otro muchacho se rio hasta que le entró hipo.

—Esta mañana vi a uno escurriéndose en el montón de estiércol.

Todos se echaron a reír.

Griffith bajó la cabeza hasta que pudo ver la sombra de Ryland detrás de él. Él no se había caído, lo que significaba que había sido su amigo. Ahora tenía un poco más de sentido su obsesión por cobrarse venganza esa noche.

—¿De dónde habéis sacado las botellas? —preguntó Ryland.

Un estudiante se puso de pie a duras penas, mostrándose orgulloso y un tanto inestable.

—Del despacho del director. Imagina lo enfadado que va a estar cuando crea que esos dos advenedizos han vuelto a colarse en él.

—¿Y no sería mucho mejor que nos felicitara mientras los condena a ellos? —Ryland se rio de forma socarrona y le dio un puñetazo en las costillas, haciendo que sacudiera los brazos como si fuera una marioneta—. Deberíamos hacer algo que nadie se esperase.

—¡Nos expulsará! —casi gritó uno.

—O nos hará vigilantes —señaló otro.

—¡Eso es! —dijo Ryland, levantándole el brazo en el aire—. ¡Haremos que nos recuerde para siempre!

Los muchachos aplaudieron hasta que Ryland les hizo callar con su risa amortiguada. ¿Cómo podía estar riéndose en un momento como aquel? Griffith estaba casi seguro de que el corazón iba a explotarle en cualquier momento, salpicando la pared de la capilla con lo que quedara de su cuerpo.

—Haz que nos sigan —le susurró Ryland al oído.



No sabía qué era lo que estaba haciendo, pero ninguno de los estudiantes pareció percatarse de cómo Ryland salía de detrás de él y le hacía un gesto para que le siguiera. Antes de darse cuenta, Griffith estaba conduciendo al grupo de estudiantes mayores hacia el cobertizo del jardín, donde ambos amigos habían estado cumpliendo parte de su castigo la última semana.

El hedor del enorme montón de estiércol les golpeó las fosas nasales a medida que se acercaban y pensó que sería lo suficientemente intenso como para inculcar algo de sentido común a los mentecatos que le pisaban los talones.

Pero no fue así.

Ryland le hizo gestos para que continuara, llevando a los alumnos adonde quería que fueran. Enseguida, todos estaban portando cubos de guano de murciélago.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Griffith mientras sacaban al grupo del cobertizo con los cubos en la mano. De vez en cuando, Ryland les mandaba callar y los muchachos bajaban el tono de voz.

—Esto va a ser mejor que lo de las camisetas —susurró su amigo.

Regresaron tambaleantes al terreno que había al lado de la capilla y los muchachos se dispersaron con sus cubos. En medio del caos, Ryland salió de su escondite y ordenó a todos dónde y cómo debían colocar el estiércol mientras les convencía de lo orgulloso que se sentiría el director y de lo mucho que ansiaba tener un jardín especial en medio del recinto escolar. Griffith fue retrocediendo hasta que se dio contra la pared de la capilla y sintió la áspera y fría piedra.

Si no hubiera confiado tanto en su amistad con Ryland, le habrían aterrorizado las habilidades que estaba desplegando su amigo delante de sus narices. No le cabía la menor duda de quién era el artífice de todo aquello, pero cuando terminaran, Griffith y Ryland no faltarían a la verdad si alegaban que no habían extendido ni una pizca de guano.

Uno de los estudiantes se puso a vomitar. Otro se desplomó inconsciente (por suerte no llegó a tocar el estiércol con la cabeza).

Le desconcertó un poco comprobar cómo los mismos muchachos que habían sido tan crueles con ellos a la luz del día siguieran las órdenes de Ryland con el entusiasmo propio de un cachorro. De vez en cuando su amigo iba pasando la botella a cada uno de ellos para que siguieran bebiendo.

Al cabo de un rato, Ryland se hizo por fin a un lado y contempló su obra con los brazos cruzados y una sonrisa astuta en los labios.

—Tenemos que irnos. En breve comprobarán nuestros dormitorios —murmuró Griffith al oído de Ryland.

—Sí —susurró su amigo antes de llamar al grupo de estudiantes que continuaban de pie en un círculo—. No queremos que esos molestos duques se lleven los laureles por este trabajo, ¿verdad?

El entusiasta «¡no!» que acompañó su declaración fue lo suficientemente sonoro como para que Griffith se encogiera por dentro y se planteara salir disparado hacia su residencia en el pueblo.

—Muy bien —continuó Ryland. Por lo visto no tenía el más mínimo temor a que le atraparan—. Así que tenemos que dormir allí, justo al final del patio, para que mañana todos sepan de quién es el mérito.

Los muchachos se movieron entusiasmados y se tumbaron en diferentes zonas del parterre con hierba.

Mientras sus enemigos se acomodaban, Ryland agarró a Griffith, que estaba con la boca abierta, y lo arrastró colina arriba. Al llegar a lo alto, Griffith bajó la vista hacia el terreno. Las letras eran toscas y estaban un poco torcidas, pero se leía claramente «como desee». Cuando los estudiantes mayores se dieran cuenta de cómo los habían engañado para hacerlo, junto con lo que les habían hecho en las camisas, iban a ponerse furiosos.

Ryland y Griffith se escabulleron del recinto escolar y atravesaron las oscuras calles del pueblo hasta que regresaron a su residencia.

Después, entraron a hurtadillas por la puerta principal y se pegaron contra la pared mientras el estudiante encargado hacía la ronda. Al ver que no daba ninguna alarma, supieron que el montón de mantas y almohadas que habían colocado dentro de sus camas había surtido efecto.

Cuando Griffith se metió en la cama, se vio rodeado por un silencio que le presionó el pecho de tal manera que llegó a preguntarse si no estaría ahogándose. Nunca antes había hecho nada similar y la emoción trajo algo más que un poco de culpa. Ahora que la ira no corría por sus venas, podía oír perfectamente la voz de su padre dentro de su cabeza. Ni a Dios ni a él le habría gustado que manejara aquella situación de ese modo. Las travesuras inofensivas eran una cosa, pero esos muchachos iban a meterse en un buen lío.

Por supuesto que su padre no estaba allí. Dios había permitido que Griffith tuviera que arreglárselas por su cuenta, que descubriera por sí solo cómo convertirse en un hombre y en un duque, y estaba intentando hacerlo bien. ¿Pero en serio eso era lo mejor que podía hacer?



Griffith durmió a ratos y, cuando a la mañana siguiente un grito resonó por toda la residencia, se sentía como si hubiera pasado esas pocas horas peleándose con las sábanas en vez de durmiendo entre ellas.

En la calle, podían oírse un sinfín de gritos y maldiciones mientras los estudiantes salían de sus residencias para correr hacia el recinto escolar de Eton. Dos King's Scholars de primer año corrían de casa en casa, gritando frases que no tenían ningún sentido, pero que consiguieron que todos supieran que la noche anterior había sucedido algo muy grave. Griffith se unió a la ola de alumnos entusiasmados, intentando no parecer culpable y rezando en silencio para no ponerse a vomitar.

Cuando Ryland, él y el resto de muchachos de su casa llegaron al recinto ya había una buena multitud congregada alrededor del terreno

principal. El caos reinaba mientras el grupo de estudiantes mayores se llevaba las manos a la cabeza e intentaba defenderse de algo que ni siquiera estaban seguros de recordar. Se oyeron los nombres de Ryland y Griffith cuando dos de los alumnos juraron y perjuraron que era Ryland el que los había convencido para que lo hicieran.

Así que el director fue a comprobar sus zapatos.

Griffith casi se tragó su propia lengua cuando el hombre le dijo que levantara un pie y después el otro. Se había pasado toda una semana cargando estiércol, pero nunca con su propio calzado. Nadie quería que se colara esa asquerosidad dentro de los dormitorios. Sin embargo, no podía recordar si había pisado algo de guano la noche anterior.

Tener que levantar los pies no pareció perturbar a Ryland. Es más, su amigo se las arregló para mostrarse resignado, y también un poco ofendido, mientras le examinaban los zapatos.

Ambos estaban limpios y el director volvió a centrar su atención en el grupo de los mayores, prometiéndoles un castigo y una paliza inminentes.

Y eso que todavía no había visto las botellas.

Una estaba tirada en uno de los extremos del patio. Nadie, excepto él, parecía haberse percatado de su presencia.

Mientras sacaban a los chicos mayores de allí, todavía tocándose las cabezas y lanzando miradas acusatorias en su dirección y en la de Ryland, se dio cuenta del verdadero alcance de su escapada nocturna. Sintió una incómoda inquietud en el estómago y se alegró de no haber desayunado todavía.

Si hubiera dedicado un poco más de tiempo a pensar en todo aquello, ¿de verdad habría estado de acuerdo con el plan de Ryland? Sabía que, si los muchachos no hubieran estado borrachos, no le habrían seguido a ninguna parte.

Por mucho que ansiara que los dejaran en paz, deseó que hubiera sido de otro modo. Seguro que podían haber encontrado una manera mucho mejor que aquella.

—No termino de entenderlo del todo —le susurró a Ryland mientras conducían a los supuestos culpables a sus dormitorios para que se vistieran—. ¿Por qué les indujiste a hacer eso?

—Porque es guano.

—Ya lo sé.

—Fertilizante. —Ryland sonrió de oreja a oreja—. Fertilizante que ha estado toda la noche empapando la hierba. Fertilizante que nunca van a poder limpiar del todo. —Se rio entre dientes y le colocó una mano en el hombro—. En ese terreno se va a estar leyendo «como desee» hasta que esos muchachos se gradúen. Y habrán sido ellos quienes lo han puesto allí.

Griffith lanzó una última mirada por encima de su hombro. Los estudiantes todavía miraban a su alrededor confundidos y con los ojos cargados de sufrimiento. Uno todavía tenía las manos sobre la cabeza y parecía estar a punto de echarse a llorar. Unos muchachos que se suponía eran lo mejor que Inglaterra podía ofrecer, habían sido vencidos por el licor y por un espabilado que pensaba con rapidez.

Mientras subía la colina, se prometió una cosa. Su padre había sido el duque perfecto y a él le quedaba mucho por vivir. Si algo había aprendido esa mañana era que dejarse llevar por la ira no hacía que se levantara más seguro y satisfecho consigo mismo por la mañana. Se hizo un juramento (a sí mismo, a Dios y a su fallecido padre): jamás volvería a ponerse en una posición tan vulnerable. Nunca dejaría que nada, ni nadie, tomaran el control de sus propias acciones.

Miró por última vez las palabras escritas sobre el terreno. «Como desee». Unas palabras que habían sido un insulto durante el último año y medio, un término despectivo dirigidas a menoscar su autoestima. Pero ahora serían su fuerza. Siempre llevaría las riendas de su vida. Y no las soltaría en ningún momento.

Capítulo 1



Londres, Inglaterra. Marzo 1815



unque los límites propios de ser humano impedían que Griffith, duque de Riverton, lo fuera todo para los que dependían de él para su sustento, siempre había pensado que no había ningún límite en cuanto a lo que era capaz de hacer por su familia.

La actual petición de su madre, sin embargo, ponía en duda esa creencia.

—No.

—La señorita Watters es una amiga muy cercana de *lady* Cressida. Y como estoy casada con su padre, me siento obligada a asegurarme de que el baile de Cressida sea un éxito en todos los sentidos. —La madre de Griffith, *lady* Blackstone, enarcó una ceja en su dirección mientras dejaba de mirar a la multitud que llenaba el salón de baile. Puede que la antigua duquesa hubiera descendido voluntariamente de posición social al volver a casarse hacía unos años, pero nunca había renunciado a su puesto de matriarca de la familia, a pesar de que todos sus hijos ya eran adultos.

Un puesto que Griffith respetaba. No solo porque la Palabra de Dios le conminara a hacerlo, sino porque había visto todo por lo que

su madre había tenido que pasar para criar a sus cuatro hijos, incluido enseñar a un niño de diez años a llevar las riendas de un ducado. Sin embargo, ese respeto no incluía tener que romper una de sus reglas sociales personales.

Miró más allá de su progenitora para ver a la muchacha en cuestión. Se trataba de una joven normal y corriente que merodeaba cerca de una puerta, con un vestido de un color bastante desafortunado, pues era muy similar al papel de la pared del salón de baile. Teniendo en cuenta la supuesta relación cercana que mantenía con la anfitriona de esa velada, cualquiera habría esperado que la ya casi solterona evitara ese particular tono rosa.

—Si realmente es necesario que alguien de nuestra familia rescate a la señorita Watters de al lado de la pared, que estoy seguro sabes que es el lugar que suele ocupar en todas las reuniones sociales, hay otros miembros masculinos a los que puedes recurrir.

Su madre apretó los labios en una fina línea.

—Están casados.

Ahora fue él el que enarcó lentamente una ceja en una perfecta imitación del gesto anterior de su madre.

—No tenía ni idea de que la institución afectara a la capacidad de un hombre para bailar. Da igual. Hasta ahora todos ellos han demostrado una resistencia considerable a cualquier dolencia relacionada con el matrimonio que pudiera inhibir sus talentos en la pista de baile. Estoy convencido de que pueden continuar así una noche más.

Su madre no dijo nada, aunque supo por las arrugas que se le formaron en la comisura del ojo que quería reírse. Casi tanto como anhelaba que bailara con la señorita Watters. Aunque como él solo bailaba con mujeres que formaban parte de la familia, su risa era el único deseo que estaba dispuesto a concederle. Una observación un poco más sardónica por su parte y lograría su propósito.

—No obstante, me supone un gran consuelo saber que el escrutinio público al que me veo sometido por mi falta de elegancia en el baile

disminuirá en cuanto me case. Hasta entonces, y en las raras ocasiones en que me una en la pista a alguna prima o hermana, intentaré colocarme con los hombres casados. Puede que así todos parezcamos igual de torpes.

Una breve risa escapó de los labios de su madre. Para alguien que había hecho todo lo posible por conseguir que su progenitora sonriera después de la muerte de su padre, era todo un triunfo verla perder el decoro en las raras ocasiones en las que lo hacía. No obstante, y como siempre sucedía, enseguida la vio contener cualquier signo de alegría.

—¿Torpes?

Griffith se encogió de hombros. Su gran complexión, unida a su enorme estatura, era una de las razones principales por las que no se movía con la gracia necesaria en las concurridas pistas de baile. Sencillamente, era demasiado grande para moverse con la soltura requerida, y «torpe» le parecía la descripción más precisa de lo que sentía cuando se ponía a bailar.

Su madre suspiró.

—Muy bien, se lo pediré a tu hermano. A pesar de que se casó el año pasado, todavía es lo suficientemente popular para llamar la atención.

—Y también lo suficientemente hábil para que la dama disfrute del baile. Si solo la van a sacar a bailar una vez, por lo menos que merezca la pena.

Los ojos azules de su madre despidieron dagas heladas mientras se alejaba en busca de Trent, el hermano pequeño de Griffith. Podía haberle dicho que iba en la dirección equivocada, pero como su objetivo principal era quitársela de encima, se mantuvo en silencio. Según sus cálculos, todavía le quedaba otro par de bailes más para que pudiera marcharse sin suscitar ningún comentario. Con los años, había perfeccionado el arte de que le vieran el tiempo suficiente para que todos supieran que había asistido al evento en cuestión, pero no

lo bastante como para verse obligado a soportar interacciones que prefería evitar.

Como bailar con una fémina a la que no podía considerar en absoluto un objetivo matrimonial.

—Sabes que no puedes evitarlo para siempre, ¿verdad?

Griffith miró a su izquierda y se encontró con su buen amigo Ryland, el duque de Marshington. Aunque su amistad había empezado en Eton, se había ido consolidando a lo largo de los años y de las vicisitudes que se produjeron en sus vidas. Y ahora que estaba casado con su hermana, también formaba parte de su familia.

—Tú lo haces.

Ryland esbozó una amplia sonrisa, haciendo que sus dientes blancos resaltaran sobre esa piel demasiado morena para lo que se estilaba.

—Pero yo soy un hombre casado.

Griffith ladeó la cabeza, reconociendo las implicaciones que conllevada la verdad en la declaración de su amigo.

—¿Y dónde está mi hermana?

La sonrisa de Ryland se ensanchó aún más.

—Bailando.

Griffith miró en dirección a las filas de parejas que entraban y salían de la formación en la pista de baile. Podía ver con facilidad por encima de las cabezas de los que estaban alrededor, aunque a veces la estatura más baja de su hermana hacía que le costara más encontrarla. Al cabo de un rato localizó los conocidos rizos rubios de la mayor de sus hermanas. En ese momento estaba bailando alegremente con Colin McCrae, su otro cuñado. Georgina, le menor de sus hermanas, estaba al lado de ellos, esperando su turno para bailar.

Todavía le sorprendía que sus hermanas pasaran tiempo juntas de forma voluntaria. El cariño mutuo había surgido en los dos años que habían pasado desde que se casaron con sus respectivos maridos. Ambos matrimonios le habían quitado un gran peso de encima.

En realidad, ahora que Trent también estaba felizmente casado, a pesar del delicado comienzo de su matrimonio, no había nadie a quien Griffith tuviera que aconsejar y cuidar. Llevaba sin hacerlo muchos meses, pero le había costado reconocerlo.

—Deberías plantearte dar una o dos vueltas por la pista. —Ryland se balanceó sobre los pies y se llevó las manos a la espalda. Teniendo en cuenta que era un antiguo espía y un maestro a la hora de pasar desapercibido, supo al instante que ese falso aire de inocencia era claramente intencionado.

No mordería el anzuelo así como así.

—Le pediré a Miranda el próximo baile.

—Te rechazará.

Era obvio que dos años de matrimonio no habían sido suficientes para que conociera a fondo a su esposa. Miranda nunca le diría que no a su hermano mayor.

—Nunca lo ha hecho.

—Porque hasta ahora no ha tenido que evitar hacer esfuerzos físicos excesivos.

Ninguno de los dos dijo nada mientras Griffith asimilaba las implicaciones de aquella declaración. Sintió una mezcla de felicidad y preocupación en su interior. Todavía le resultaba muy difícil recordar que Miranda ya no estaba bajo su cuidado.

—Supongo que debo felicitarte.

—Supones bien. —Ryland hizo un gesto de asentimiento al tiempo que esbozaba una medio sonrisa—. Al fin y al cabo, tenemos un ducado al que debemos proporcionar un heredero. —Los ojos grises de su amigo se apartaron de los bailarines para taladrar a Griffith contra la pared que tenía a sus espaldas—. Igual que tú.

Griffith no quería pensar en eso. No sabía si se debía al hecho de que su niñez hubiera sido tan corta o al temor de que alguien tan vulnerable dependiera de él, pero la idea de tener hijos le asustaba más que

ninguna otra cosa. Sin embargo, formaba parte de sus obligaciones y él se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Su hermano pequeño respiraría mucho más tranquilo cuando se asegurara de que tanto el título como su patrimonio no pasarían a sus manos. Nunca había entendido la aversión de Trent hacia todo lo relacionado con el ducado, salvo por supuesto el hecho de que él tendría que morir para que Trent heredara.

Desde luego era una razón bastante honrada para no querer el título.

Miró a Ryland.

—Tengo un plan.

—Siempre tienes uno. —Los últimos acordes del baile se desvanecieron entre el murmullo de los asistentes y las parejas empezaron a dispersarse mientras otras ocupaban su lugar. En un tácito acuerdo, ambos esperaron a que la música volviera a sonar antes de retomar la conversación.

Ryland se puso a mirarse las uñas.

—¿Puedo osar preguntar en qué consiste ese maravilloso plan matrimonial?

—En contraer matrimonio. —Griffith llevaba años ideándolo. Cuando llegó a Londres por primera vez, después de licenciarse en Oxford, le maravilló la forma en que jugaba la alta sociedad. Las intrigantes madres en busca de un matrimonio ventajoso para sus hijas y los calculadores padres deseando obtener las mejores influencias constituían un poderoso contrapeso a los hijos desesperados y necesitados de dotes y los solteros amantes de la diversión reticentes a que los cazasen. Y en algún lugar intermedio, vagaban las debutantes; cada una con su propio nivel de ambición, pero todas con el mismo objetivo en mente. Griffith no había querido relacionarse con ninguno de todos ellos.

Y seguía sin querer hacerlo.

Pero sabía que esa amnistía estaba llegando a su fin. Ryland tenía razón. Necesitaba un heredero y para eso tenía que conseguir una esposa.

—¿Vas a seguir la tradición familiar?

La sorpresa que le causó aquella pregunta rompió su normalmente controlado semblante.

—Por supuesto.

Todos en su familia, desde hacía más tiempo del que nadie podía recordar, habían construido sus matrimonios sobre los sólidos cimientos del amor. Sus propios padres seguramente habían sido los más famosos de todos ellos. Y que se estuviera planteando el matrimonio de una forma lógica no significaba que no quisiera introducir el amor en esa ecuación.

La escéptica sonrisa de Ryland hizo que se pusiera un poco más rígido de lo normal. Su plan iba a funcionar. Comprobar que su madre y sus hermanos habían encontrado el amor en los últimos tres años solo le había convencido aún más de que su plan era viable y, teniendo en cuenta el caótico viaje de Ryland hacia la felicidad, no pudo resistir la tentación de restregárselo a la cara.

—Antes de que mi madre intentara guiarme esta noche en una dirección poco adecuada, estaba reduciendo la posible lista de candidatas.

Ryland tosió.

—¿Candidatas? No me imagino a tu madre sugiriéndote que te relaciones con ninguna dama que no te convenga.

—Nuestras ideas sobre quién me conviene o no, no siempre coinciden.

—Sobre todo porque nunca has considerado oportuno compartir tus ideas al respecto. —Ryland enderezó los hombros y se puso a observar la estancia. Era alto, aunque al menos seis u ocho centímetros más bajo que él, y poseía la habilidad de parecer algo más que una enorme montaña con piernas. Aquello no significaba que él no pudiera ser intimidante si se lo proponía. Pasó de poner cara divertida a

concentrarse mucho—. Si has estado contemplando iniciar una campaña, supongo que tu objetivo está dentro de este salón.

Griffith se resistió al pueril impulso de poner los ojos en blanco, —¿Objetivo? En serio, Ryland. No vamos a salir a batirnos a duelo con pistolas.

—Has sido tú el que las ha llamado candidatas. Yo solo estoy elevando tu condición de premio a ganar por la mejor cazadora. Ahora, cállate. Estoy analizando las posibilidades.

Griffith esperó. Apoyó el hombro contra la pared que tenía detrás y cruzó un pie sobre el otro. Unas gotas de sudor le cayeron por la nuca hasta el pañuelo de cuello. Odiaba los salones de baile. Siempre estaban abarrotados y hacía demasiado calor para que un hombre de su estatura y tamaño pudiera estar mínimamente cómodo. Solía colocarse cerca de las puertas que daban a las terrazas o de alguna ventana abierta, pero el tiempo inusualmente frío de la noche había provocado que el anfitrión de la velada las cerrara todas. En ese instante, hubiera dado lo que fuera por un soplo de aire fresco. Aguardar a que Ryland hiciera sus conjeturas no le estaba ayudando a liberar la tensión que sentía.

Transcurrieron varios minutos. Incluso dio tiempo a que otra pieza musical empezara y terminara. ¿Seguía Ryland «analizando» o simplemente intentaba torturarlo un poco más?

—Quieres a alguien que está en el borde de la pista de baile.

Griffith admiró la confianza que mostró en su declaración. Y aunque estaba en lo cierto, no se lo iba a poner tan fácil.

—Tenías una oportunidad entre cuatro de escoger al grupo correcto de damas. Que, además, resulta que es el más grande. No estoy muy impresionado, la verdad.

Cuando ambos comenzaron a asistir a sus primeros bailes, justo después de graduarse en Eton, dividieron a las mujeres solteras en cuatro grupos. El del rincón contenía a las solteronas, mientras que el que

estaba cerca de la pared incluía a aquellas cuya posición social o falta de popularidad las mantenía fuera de cualquier acción. Las que estaban en la pista de baile eran las más populares; los diamantes de mayor pureza, las incomparables, aquellas a las que todos parecían adorar y que nunca estaban sin uno o dos caballeros reclamándolas para el siguiente baile. En el borde de la pista, sin embargo, estaban la mayoría de las mujeres; aquellas que bailaban a veces, pero no siempre, las que eran suficientemente populares, pero no tanto como para salir en las columnas sociales de los periódicos.

Ryland miró por encima de su hombro.

—Cualquiera de los presentes, hasta tu propia familia, habría dicho que querrías a alguna de la pista de baile. Sabes que, si te lo propusieras, podrías conseguir a cualquiera. Incluso a la adorable *lady* Alethea.

Seguramente podría conseguir a cualquiera que estuviera en esa estancia, incluidas las damas comprometidas. No había muchos duques jóvenes y solteros en Inglaterra. Así que no le quedó más remedio que reconocer el tanto a su amigo e inclinó la cabeza para que continuara con sus pesquisas.

No le costó mucho localizar a la dama que había mencionado Ryland. *Lady* Alethea estaba bailando en la pista con una enorme sonrisa en el rostro e hileras de joyas adornándole el pelo oscuro.

Era fácil entender por qué la mayoría de la gente, incluida su familia, pensarían que querría a alguien como ella. Todo el mundo creía que era la joven más codiciada entre la aristocracia con intenciones matrimoniales. Sin embargo, los intereses de Griffith iban más allá de los beneficios que podía reportarle una esposa bella.

Ryland ladeó la cabeza y escudriñó lentamente el salón de baile, murmurando para sí mismo.

—Demasiado atractiva. Llama mucho la atención. De buena familia, pero hay demasiados miembros en ella y a nadie le apetece que le pidan favores.

Griffith hizo todo lo posible por no mostrar su inquietud. Le asombraba lo rápido que Ryland seguía el curso de sus razonamientos.

—Esa lleva poco tiempo en Londres y seguro que te has pasado el último año discurrendo los méritos de varias damas.

—No tanto —masculló él—. Recuerda que tuve que estar pendiente del desastroso comienzo del matrimonio de Trent. —Por suerte todo había salido bien y ahora su hermano estaba perdidamente enamorado de su esposa, pero había requerido buena parte de su atención la temporada pasada.

Transcurrieron al menos otros cinco minutos antes de que Ryland se volviera y se cruzara de brazos.

—Pero tú no te vas a enamorar de ella.

Griffith enarcó una ceja y bajó la cabeza para poder fulminar a su amigo con la mirada por encima de la nariz. Esa mirada de superioridad que había envuelto a más de un hombre en una espesa capa de sudor helado, pero con la que Ryland ni siquiera parpadeó.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por lo mismo que ya sé a quién has escogido. Entiendo tu razonamiento, en serio, pero no es la mujer que necesitas.

El sonido de la multitud disminuyó y volvió a aumentar a su alrededor mientras Griffith miraba con ojos entrecerrados al otro duque.

—Te estás marcando un farol —dijo tras un rato—. Quieres que te diga a qué mujer he elegido porque no tienes ni idea de quién es.

—Oh, claro que lo sé. Pero recuerda mis palabras. Ella no es la mujer que te conviene. No necesitas a alguien tan aburrido como crees que eres tú. Y te aseguro, viejo amigo, que terminará aburriéndote.

Miranda escogió ese momento para acercarse a su marido, esbozando una amplia sonrisa y con las mejillas sonrosadas, señal de lo mucho que había disfrutado con los bailes que había compartido en la pista.

Griffith saludó a su hermana con una inclinación de cabeza, asombrándose, como siempre lo hacía, de cómo ese mismo tono de pelo

rubio y los ojos verdes que contemplaba cada mañana frente al espejo lucían tan diferentes en un rostro femenino.

—Creo que debo felicitarte.

Miranda miró a su esposo con el ceño fruncido.

—No has elegido el mejor de los momentos para perder de pronto la habilidad de guardar secretos.

—Te aseguro que revelar la existencia de mi posible heredero ha sido un movimiento estratégico.

Su hermana volvió a sonreír.

—Oh, ¿en serio?

A Griffith le hubiera encantado soltar un gruñido, pero aquello sería demasiado satisfactorio para Miranda. Un hombre de veintiocho años no tendría que avergonzarse cuando su hermana pequeña lo miraba fijamente, incluso si su expresión mostraba la misma vehemencia que la de cada director que había conocido (la de todos juntos).

—Entonces solo me queda rogaros que me digáis de quién estabais hablando cuando he llegado. —Miranda dio un saltito por la anticipación.

Ahora daba igual si Ryland pronunciaba el nombre correcto de entre toda aquella multitud. Quienquiera que mencionara se convertiría en la nueva mejor amiga de Miranda y su hermana haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarle a casarse con la dama con la que creía que él quería unirse en matrimonio. No habría forma de detenerla.

Ryland sonrió de oreja a oreja mientras se unía a su esposa en el gesto de mirarle fijamente.

—La señorita Frederica St. Claire.